

brado despues de aquel acontecimiento, comandante general de Michoacan á Don Manuel Noriega, le decia el ministro en una de sus comunicaciones, para escitarle á perseguir activamente á los rebeldes y á no tener piedad con los *desafectos*, que sus antecesores habian sido "cobardes, ineptos, criminales y de conducta infame." En aquella misma comunicacion, que era del 30 de Noviembre, se le prevenia al comandante general de Michoacan, que á nadie se pagara mas que á los militares.

A principios de Diciembre de 1854, recibió la revolucion en el Sur un impulso poderoso. Lo pudieron notar hasta los que menos enterados se hallaban de la fuerza misteriosa que iba desarrollando aquellos acontecimientos. Era que estaba ya otra vez en el foco de la revolucion, para infundir aliento y brio á sus defensores, el hombre que tan buen principio habia sabido darla con su talento, con su prudencia y con su valor: Don Ignacio Comonfort habia regresado á Acapulco el 7 de Diciembre, de vuelta de su espedicion á los Estados-Unidos. Conviene referir las causas de este viaje y los pormenores de él, porque es uno de los hechos mas interesantes de aquella época. El viaje de Comonfort á los Estados-Unidos salvó á la revolucion, y acabó de revelar á México las virtudes de este ciudadano.

Asombro causaba á todos los habitantes de la República el que los pronunciados del Sur pudieran sostenerse tan aiosos en su empresa contra un gobierno tan poderoso como el de Santa-Anna, cuando á éste le costaba tanto trabajo hacer frente á sus compromisos, no obstante ser dueño de todas las rentas de la nacion, del producto de sus infinitas contribuciones, de cuantiosos préstamos, y por último, de los siete millones que le valió el tratado de la Mesilla. A pesar de esto, se ha visto ya cuáles eran los medios que empleaba para llevar adelante la lucha; medios vejatorios, que si bien estaban en la cuerda de una política desatentada, no por eso dejaban de revelar las escaseces y penurias del erario.

¿Cómo, pues, se mantenian los caudillos del Sur, que no contaban con ninguno de los elementos del gobierno? ¿Cómo alimentaban y vestian á sus tropas? ¿Cómo las proveian de municiones, armas y pertrechos de guerra? ¿Qué hacian para subvenir á los enormes gastos que exige una campaña, en la cual importa mas tal vez lo que se inutiliza y se pierde, que lo que se aprovecha y se consume?

Desde luego se comprende que las fértiles tierras del Sur, aunque de prisa y mal cultivadas por sus habitantes, produjesen suficientes frutos para cubrir las

pocas necesidades de aquellos soldados-labradores tan sóbrios como valientes: bien sabido es que cuestan poco el alimento y el vestido de los buenos soldados de la libertad. ¿Pero cómo se cubrian las necesidades de la guerra? ¿Cómo se proveían de armas y municiones?

Aquí está el secreto que causaba maravilla, y que todavía no pueden explicar bien los que ignoran cuántos afanes y desvelos costó al defensor de Acapulco el proveer á estas necesidades. Bien quisto en la ciudad por sus virtudes, bien relacionado y estimado por sus prendas, pudo á los principios encontrar abiertas las arcas de sus numerosos amigos, despues que se le acabó, muy pronto, una pequeña suma que pudo realizar de su propiedad privada.¹ Pero ni aquel recurso podia durar mucho tiempo, fundado como estaba en el crédito particular de una persona, ni el pobre puerto de Acapulco tenia de ningun modo elementos para subvenir al cúmulo de atenciones que sobrevinieron mas tarde. Entonces fué cuando Don Ignacio Comonfort tuvo que desplegar todos los recursos de su actividad y de su genio, para proporcionar á los otros caudillos de la revolucion los medios de sostener la

¹ La primera suma que entró en las cajas de la revolucion, fueron mil pesos que Don Ignacio Comonfort pudo reunir vendiendo un rancho de su propiedad.

empresa, y para dar de comer á la pequeña guarnicion de la plaza que le estaba encomendada. Lo consiguió por algun tiempo aunque á costa de grandes vijilias y de sacrificios bien estraños;² pero llegó un dia en que el gobernador de Acapulco vió próximo el momento de una miseria espantosa para la causa popular, y de un triste fin para la revolucion tan gloriosamente empezada. Los recursos se habian agotado allí: era preciso buscarlos en otra parte y de cualquier modo.

Concibió entonces Don Ignacio Comonfort el proyecto de hacer un viaje á San Francisco de California, para ver si allí encontraba modo de hacer un empréstito que sacara á la revolucion de los conflictos en que iba á verse; y comunicó su pensamiento al general Alvarez, pidiéndole permiso para ponerlo en práctica. Trabajo le costó al general acceder á ello, como quien conocia la importancia de Comonfort, que era el alma de la comun empresa por la sabiduría de sus consejos y el auxilio de su resuelto carácter; pero cedió al fin á las instancias de su compañero, y á la conviccion que le infundió, de que era necesario aquel viaje para

² Vez hubo en que el gobernador de Acapulco, viéndose sin un real para la guarnicion, tuvo que ir de casa en casa, comprometiendo á las señoras sus amigas á que le dieran tal cual moneda que en sus almohadillas tenian guardada, y reuniendo de este modo lo puramente indispensable para dar de comer á sus soldados.

evitar las angustias que se les preparaban, y el desastroso fin de la causa que defendían.

Salió, pues, Comonfort de Acapulco por el mes de Junio, y pasó á San Francisco. Allí solicitó de cuantas maneras pudo, un préstamo para la revolucion; pero como por una parte habia pocos que tuvieran fé en ella, y como por otra le era preciso dirigirse á gente estraña, no encontró quien obsequiara sus deseos de la manera que habian menester su delicadeza y su patriotismo. Muchos hubo que le ofrecieron cuantos fondos fueran necesarios para llevar á cabo la empresa, pero todos querian hipoteca de alguna parte del territorio nacional, ó exijian otras condiciones que no podia admitir quien llevaba por norte la seguridad y el decoro de su patria.

Perdida toda esperanza en San Francisco, pasó á Nueva York, harto desconsolado por el mal éxito de sus primeras tentativas, pero sacando del fondo de su alma enérgica las esperanzas que siempre le alentaban. No fué allí por lo pronto mas afortunado que en San Francisco. Los extranjeros le exijian siempre condiciones que no podia aceptar un buen ciudadano; y los que no lo eran, se negaban redondamente á comprometer sus capitales en una empresa que juzgaban desesperada. Tras de no conseguir su objeto, el

heróico defensor de Acapulco tuvo que devorar en Nueva York la amargura de ver desconceptuada una empresa que le debia el sér y los mejores dias de gloria que habia tenido. Habian llegado hasta allá las calumnias esparcidas por el gobierno dictatorial contra la revolucion, y habian tenido la fortuna de hacer mella en los ánimos, de tal modo que aun los enemigos de la dictadura consideraban lo del Sur como un levantamiento sin concierto ni plan fijo, y sin ninguna probabilidad de buen resultado. Comonfort, en medio de sus angustias, tuvo que vindicar á la revolucion de las malas especies que se hacian correr sobre ella, y lo hizo victoriosamente por medio de algunos periódicos de Nueva York. Su nombre, que habia llegado á la república vecina, rodeado del aplauso y del respeto de todos los hombres imparciales, bastó para devolver el prestigio á la causa con que estaba ligado.

Corria entretanto el tiempo, y aumentábanse las angustias de Comonfort á medida que se pasaban los dias sin lograr nada. Pensaba en la revolucion, que podia espirar de un momento á otro, porque le faltaban todos los elementos de vida; pensaba en sus heróicos compañeros, que tal vez estaban luchando sin esperanza con los ejércitos de la dictadura y con los horrores de la miseria; pensaba en su buena guarnicion de Acapulco, que acaso le aguardaba desnuda y

hambrienta, para no ser víctima de las venganzas del gobierno. Todos esto le atribulaba y le oprimía el corazón, tanto mas sensible al dolor de tales reflexiones cuanto mas generoso y esforzado para arrostrar los peligros; y acababa de completar su afán el espectáculo de los pobres desterrados, á quienes veía por allí suspirando por la patria, y pendientes del éxito de aquella empresa para volver á sus hogares.

En medio de esto, una nueva tentación vino á poner á prueba la rectitud de sus opiniones y la pureza de sus sentimientos. Personas de cuenta, comisionadas por el gobierno de Santa-Anna, le hablaron para que se separara de la revolucion, ofreciéndole una legación en Europa, la que él quisiera elegir. Precisamente le hicieron esta proposición en los momentos en que mas afligido estaba por la inutilidad de sus esfuerzos, y por la indiferencia con que veían la causa revolucionaria hasta los que pasaban por amigos de ella; pero él, firme en su propósito, y resuelto á sucumbir con la causa que habia abrazado, dió las gracias á los que le hacían aquellos ofrecimientos; y continuó sus penosas diligencias en solicitud de los recursos que por ninguna parte encontraba. Fué menester muy sólida virtud para desechar un puesto honorífico, que siempre lo es representar á su patria en el extranjero, para encontrarse detras de aquella negativa, con las incertidum-

bres y congojas á que le tenían condenado la pobreza y el descrédito de la revolucion que le merecía tantos sacrificios. En esta ocasion como en todas, venció en la fuerte alma de Comonfort el amor de la patria y de la gloria, como en el romano de quien habla Virgilio.³

Hallábase casualmente en Nueva York Don Gregorio de Ajuria, buen amigo de Comonfort, á quien veía diariamente arrastrando por allí sus moribundas esperanzas. Preguntábale con frecuencia por el éxito de sus pasos, y siempre las respuestas del caudillo se reducían á manifestar que habian sido inútiles todos los que habia dado para realizar sus proyectos. Un dia entró Ajuria en la habitacion de Comonfort, y le encontró mas afligido que nunca: todo su empeño habia sido vano; y perdida ya hasta la última esperanza, estaba resuelto á embarcarse para venir á perecer con los suyos. Ajuria, aunque extraño enteramente á la política, era enemigo de todo poder opresor, como lo son todas las almas rectas; veía con interés los esfuerzos de una revolucion que tenia por objeto restituir al país sus justas libertades; habia admirado la entereza de su amigo en negarse á pasar por condiciones deshonrosas ó peligrosas para su patria; y le encontraba allí, casi deramando lágrimas de desesperacion en estraña tierra,

³ Vincet amor patriæ laudumque immensa cupido.

VIRG. EN. LIB. 6.

sin que toda su abnegacion sirviera de nada para aliviar la suerte de aquella patria oprimida. Ajuria se conmovió á la vista de aquel hombre que parecia llevar sobre sus hombros los destinos de un pueblo; contempló silenciosamente un rato aquel solemne dolor, que solo podian causar los infortunios públicos en el intrépido corazon de quien siempre habia sido superior á las desgracias privadas; pareció que de repente habia formado alguna resolucion generosa, y dijo marchándose: “pronto vuelvo.”

Quedóse Comonfort meditando á solas su pronto regreso á la patria, y confirmándose en el propósito de morir por ella al lado de sus compañeros. Uno de sus amigos que estaba presente, habia tal vez adivinado el pensamiento de Ajuria, y comunicó al caudillo sus esperanzas. Para quien tantas habia ya perdido, no debian servir de mucho las que solo se fundaban en una presuncion; y el resultado fué que el noble caudillo volvió pronto á caer en su silencio, para pensar en el modo de suplir con su esfuerzo personal, y con el sacrificio de su vida, la falta de los recursos que la fortuna le negaba.

No se habia equivocado en su presuncion la persona que habia acompañado á Comonfort en aquellos momentos. Ajuria volvió á poco rato, y dijo resuelta-

mente al caudillo: “puede Vd. contar con la cantidad necesaria para llevar á su país los efectos que ha menester su empresa; disponga Vd. del dinero cuando guste.” Al oír este generoso ofrecimiento, Comonfort vió en su amigo al salvador de la causa popular: su primer impulso fué aceptarlo sin vacilacion alguna; pero, delicado y fino como siempre, pensó al momento, que podia ser demasiado costoso aquel sacrificio de la amistad; recordó las negativas de otras personas que con mas razon pudieran haberle auxiliado; trajo á la memoria los peligros y azares de la revolucion, lo incierto y remoto del triunfo; y á su sensible corazon se presentó la posibilidad de que quedase arruinada una familia, si la empresa se malograba. Impulsado por estas reflexiones, dijo á Ajuria: “antes de aceptar lo que Vd. me ofrece, quiero saber, amigo mio, si en este préstamo va toda su fortuna; porque si bien tengo yo esperanzas de salvar á mi país con este auxilio, tiemblo al pensar que Vd. puede quedar arruinado: dígamelo Vd. con franqueza.”

—“Me queda todavía, respondió Ajuria, lo necesario para vivir, trabajando.”

—“Entonces lo acepto, dijo Comonfort, y lo agradezco, como estoy seguro de que lo ha de agradecer mi patria.”

Apresuró Comonfort cuanto pudo, la compra de víveres, municiones y pertrechos de guerra; cargó un buque con aquellos efectos; y embarcándose con ellos, pareciéndole las horas siglos, con el ánsia de llevar á sus compañeros aquel tesoro, llegó á Acapulco, como se ha dicho ya, el 7 de Diciembre de 1854.

Con los brazos abiertos, y llenos del mas puro regocijo, recibieron los habitantes de Acapulco al ilustre jefe. Todos le amaban como á un padre y como á un hermano, y entonces les traía tambien la salvacion y la esperanza. El los saludó á todos con la sencilla franqueza del camarada y el tono afectuoso del amigo. Las palabras que les dirigió el dia 8, fueron á encender de nuevo en sus corazones los nobles sentimientos de amor á la patria, á la libertad y á la gloria. Son estas:

Surianos:

“ Ya me teneis de nuevo á vuestro lado. Desde
“ el extranjero donde velaba por los valientes hijos del
“ Sur, medía tambien con exactitud los pasos del ene-
“ migo, y me presento entre vosotros precisamente
“ cuando las huestes del tirano se aproximan, cuando
“ el peligro renace, y cuando hay que batirse.

“ Soldados: recordad los hermosos dias de Abril, y
“ nada temais: el enemigo, mas fuerte entonces que
“ ahora, huyó medroso de nuestras murallas: nosotros,

“ menos débiles ahora que entonces, por todos los ele-
“ mentos y recursos con que contamos, no seremos
“ menos afortunados.

“ Surianos: los hijos de un pueblo libre nunca de-
“ ben ser vencidos: contad con esto, con el amparo de
“ la Divina Providencia, y la lealtad de vuestro com-
“ pañero y amigo.”

Llegaron tan á tiempo los recursos que Don Ignacio Comonfort trajo del Norte, que sin ellos habria sido harto difícil impedir que la revolucion fracasara. Mucho habian hecho y mucho podian hacer todavía sus intrépidos defensores; pero su valor y su constancia no habrian dado otro resultado que conducirlos á un sacrificio estéril, si oportunamente no hubieran tenido los elementos necesarios para ostentar con provecho aquellas virtudes. El gobierno habia echado de ver las penurias en que los hombres del Sur se hallaban envueltos; y para aprovecharse de tan buena ocasion, habia puesto en movimiento gran parte de sus fuerzas, mandando á Zuloaga que avanzara por la Costa Grande desde Ajuchitlan, y á Barberena por la Costa Chica desde Ometepepec hasta el Coquillo y el Peregrino. Combinado con estos movimientos estaba el de Castillo, que tuvo orden de avanzar de frente hasta la Brea, donde ya hemos visto los destrozos que hizo por orden del gobierno.

Trataba éste de estrechar á las diferentes partidas de pronunciados, para comprometerlas en alguna batalla campal, donde tuvieran que sucumbir por falta de pertrechos, y al frente de fuerzas muy superiores en número; y este plan se habria realizado infaliblemente, si Comonfort tarda unos días mas en regresar del Norte, sin que lo pudiera impedir todo el ardor patriótico y guerrero de los hijos del Sur. Las huestes hambrientas y desnudas de la revolucion, no habrian podido resistir el embate de mas de diez mil hombres de tropas escojidas, que marchaban por diferentes puntos, provistos de todos los elementos necesarios para hacer la guerra.

Encuétrase una prueba harto palpable de esta suposicion en los primeros incidentes de la campaña que el gobierno quiso abrir en Noviembre. Zuloaga sale de Ajuchitlan, toma el camino de la costa y llega al Calvario: Don Tomás Moreno le sale al encuentro con su gente; pero esta gente carecia de lo necesario para una batalla, y era menester que lo suplieran todo el valor y el denuedo. El general les habla; y sus palabras revelan desde luego, á la par que un profundo dolor por las devastaciones de aquella tierra, lo duro de los sacrificios que tan noblemente arrostraban aquellos soldados.⁴ Dáse el combate del 9 de Diciembre

⁴ Véase el *Apéndice* Núm. 12.

en el Calvario cerca de Petatlan: los del Sur hacen prodigios de valor, ponen en el mayor aprieto á la brigada enemiga, y dan muerte á mas de ciento cuarenta individuos de ella; pero al fin tienen que retirarse, abandonando una buena posicion por falta de municiones: "con sentimiento, decia Moreno en su parte, " he tenido que retirarme de una posicion tan ventajosa, porque la falta de municiones me obliga á dar " este paso. Seguramente con parque suficiente, mañana derrotaria completamente al enemigo. —Luego " que se me provea de municiones suficientes, trataré " de batir á Zuloaga, &c."

Las municiones que necesitaba el general Moreno, se habian agotado tan completamente en el Sur, que ya era de todo punto imposible continuar la campaña; y todo induce á creer que el digno general habria sucumbido con los suyos en Tecpan, adonde se retiró, si no hubiera llegado Comonfort tan á tiempo para evitar un desastre.

Pronto se advirtió la eficacia de los auxilios recién llegados. En un momento se armaron y proveyeron de todo lo necesario tres fuertes secciones, que marcharon á reforzar á Moreno, á las órdenes del general Villareal, del coronel Don Encarnacion Alvarez y del mismo general en jefe que tomó despues el mando de

toda la division. Zuloaga continuó su marcha por la costa, hasta que hizo alto el 13 de Diciembre en la hacienda de Nuzco. Entonces fué cuando Zuloaga se vió sitiado por todas partes por las fuerzas del Sur, incomunicado con el cuartel general de Chilpantzingo, sin víveres ni provisiones para mantener la tropa, viendo que ésta se le diezmaba diariamente por la desercion y las enfermedades, y sin esperanza alguna de recibir auxilios del gobierno que le tenia abandonado hacia un mes.

El general Alvarez conoció cuán ventajosa era la posicion de su ejército respecto de la pequeña brigada que se hallaba cercada por todas partes, sin que pudiera ser socorrida, por encontrarse todos los destacamentos y guarniciones que tenia el gobierno en el Sur, hartos apurados para atender á su propia defensa. Podia destrozar en un momento á sus enemigos; pero queriendo evitar la efusion de sangre, prefirió aguardar á que ellos mismos se entregaran, y para apresurar este momento, dirigió á sus soldados y á los de Zuloaga una proclama en la cual brillan los sentimientos mas humanos y generosos.⁵

No era menos penosa que la de Zuloaga, la situacion en que se encontraba Barberena en San Márcos: privado tambien de recursos, circunvalado por fuer-

5 Véase el Apéndice Núm. 13.

zas enemigas, y sin poderse comunicar con los de su bando, habria tenido tambien que sucumbir, si la principal atencion de los caudillos del Sur no se hubiera fijado preferentemente en la brigada Zuloaga.

El año acababa de una manera bien triste para el gobierno, y bien lisonjera para la revolucion. El 12 de Diciembre se habia pronunciado en Huamustitlan Don Marcial Caamaño, levantando una porcion de pueblos cuya insurreccion quitó á Chilapa los auxilios que podia recibir de Puebla. El 19 habia hecho lo mismo en Huajuapán el coronel Don Francisco Herrera, que logró encender desde allí en la próxima comarca de las Místecas la chispa revolucionaria. Cuautla se habia pronunciado tambien el dia 14, quedando sus habitantes comprometidos por la revolucion, aunque fué despues recobrada la ciudad por tropas del gobierno. Chilapa estaba sitiada por Don Mariano Nava que acababa de entrar en Tixtla de Guerrero, derrotando á doscientos hombres que habian ido allí á reclutar gente, y quitándoles una pieza de á 12. Don Jesus Villalva amenazaba á Iguala, al mismo tiempo que en las márgenes del Mescala interceptaba las comunicaciones entre Chilpantzingo y la capital. Tasco y Teloloapan se encontraban amagados por otras fuerzas, mientras que una parte de las del joven guerrillero recorrian el distrito de Cuernavaca, infundiendo el terror por to-

das partes entre las tropas del gobierno. En fin, la revolucion ardía ya como una inmensa hoguera en la mayor parte de los departamentos de la República, y cada día eran menores los recursos con que contaba el gobierno para apagarla.

Tuvieron algo de providencial aquellos acontecimientos, puesto que de otro modo era imposible que hubiera cambiado en tan pocos días la faz de la revolucion. Encontrábase ésta herida de muerte por falta de recursos; marchaban contra ella fuerzas muy superiores, cuya sola presencia habria bastado para aniquilarla, exánime y abatida como habia quedado; todos creyeron que habia llegado su última hora; hasta sus hombres mas esforzados, si no desmayaban, habian empezado á desconfiar del triunfo. Ya hemos visto cuáles fueron las causas que hicieron cambiar de repente el aspecto de las cosas, y cuál fué el instrumento de que se valió la Providencia para realizar sus designios sobre México. El cielo habia dado á Comonfort la entereza y la virtud de un héroe, para resistir á tentaciones seductoras; le habia dado un amigo que le favoreció en sus horas de quebranto; habia dado vientos prósperos al bajel que le restituyó á la patria, y le habia hecho llegar á tiempo para infundir nuevos bríos en los ánimos atribulados de los suyos.